

## LAS ENFERMEDADES NERVIOSAS EN ALGUNOS PERSONAJES GALDOSIANOS

M.<sup>a</sup> del Carmen Rodríguez Acosta

Desde una primera lectura de las Novelas Contemporáneas galdosianas se observa la existencia de la Fisiología como motivo básico en el estudio de los personajes. Será esta constante documentación psicofisiológica la que con diferente intensidad, acompañará siempre la ingente labor galdosiana. Pretendo exponer en esta ponencia con los textos a la vista, el uso que debió hacer Galdós de la Medicina del XIX. El método crítico utilizado es el método positivista del examen de las fuentes médicas y su posterior incorporación a algunos personajes galdosianos. Las novelas de Galdós, todos lo sabemos, son novelas de personajes, en ellas la vida interior se delata por la unión profunda que existe entre el sistema nervioso y la vida cerebral.

Así establece estados emocionales amplios que se manifiestan en ataques nerviosos, epilépticos, pretexto técnico primordial para presentarnos a sus personajes que tienen la psicología evidentemente a flor de piel. En cualquier momento de la producción galdosiana desde *La familia de León Roch* hasta *Fortunata y Jacinta* o *Misericordia*, se presentan disminuyendo en importancia a medida que avanza el tiempo de la producción, reduciéndose en la última época. La mayor parte de las veces eran referidos a la epilepsia. Este fenómeno aparecía interpretado por sus síntomas, convulsiones, pataletas, prescindiendo incluso, en algunos casos, del uso del término epilepsia para sustituirlo por sus manifestaciones, presentando un conflicto de diagnóstico con el histerismo. Veamos algunos ejemplos al azar: en *La Familia de León Roch* (1878) leemos: «de repente se sintió estrechado León Roch por un abrazo epiléptico...»<sup>1</sup>. En *Lo prohibido* (1884-85) el protagonista dice: «No sé que más atrocidades dije, yo no tenía ideas claras y justas sobre nada, era un epiléptico»<sup>2</sup>. En *Tristana* (1892): «tan voluble y extremosa era en sus impresiones la señorita de Réluz que fácilmente pasaba del juicio desenfrenado y epiléptico a una desesperación

lúgubre»<sup>3</sup>. En *Misericordia* (1887): «A Obdulia le daban mañana y tarde furiosos ataques epilépticos, en los que se golpeaba la cara y arañaba las manos»<sup>4</sup>. De Almudena se lee: «después de revolcarse en el suelo con epilepsia, contracción de brazos y piernas, y de golpearse la cara y tirarse de los pelos, etc., este rompió a llorar como un niño»<sup>5</sup>. Hemos observado que Galdós seguía los conocimientos de la medicina, presentándonos la manifestación epiléptica momentánea, podíamos decir epileptoide: manifestación circunstancial motivada por un estado de excitación grande que carece del valor crónico o permanente de los casos de epilepsia llamada esencial y del «petit mal» de Rubín y Cadalsito, respectivamente. También hemos encontrado casos de histerismo, catalepsia muy clarificados.

Buscando comprender todos estos términos consulté el libro de Medicina de la biblioteca privada galdosiana, el *Tratado de Patología Interna* escrito por Jaccoud, dedicado por Miquis, o sea, Tolosa Latour<sup>6</sup> a Galdós. Este ejemplar está editado en 1885, la IV ed. considerablemente aumentada y ajustada a la VII ed. francesa por el Doctor Francisco Villanueva. En el prólogo de 1869-1871 se indica la intención de presentar un tratado didáctico y conciso del estado actual de la ciencia en Francia y en el extranjero, aplicando al conjunto de la patología el método del análisis fisiológico.

Al mismo tiempo en el aspecto literario me extraña este abuso, esta afición a manifestaciones tan teatrales en un género como la novela realista. Me baso en la definición tradicional de Stendhal de que la novela debía reflejar la realidad como un espejo situado a lo largo de un camino y el prolijar excesivamente síntomas neuróticos parece reñido con esa realidad. Buscando pues, el origen de esta veta fisiológica y a través del estudio de Walter Pattison sobre *El Naturalismo español*<sup>7</sup> hallé la referencia a Charles Bigot corresponsal de París de la «Revista Contemporánea» quien explica la aparición del elemento fisiológico cuya evolución trata a partir de Balzac pasando por Flaubert, los Goncourt hasta llegar a Zola, «escuela —dice Bigot— que pretendía explicar por el temperamento, la sangre, los nervios, el juego de los órganos físicos, todo lo que hasta ahora se había explicado por los movimientos del alma y la acción de los sentidos». El mismo Montesinos en *Costumbrismo y Novela*<sup>8</sup> explica cómo el término Physiologie lo toma Balzac de Brillain-Savain *Physiologie du gout* como expresión que quiere decir estudio sobre algo y reconoce que tuvo que haber una pretensión de hallar el lazo que anuda lo físico con lo moral. E incluso considera Montesinos que existe una coincidencia entre el fisiologismo francés y el costumbrismo.

Hemos seguido esta línea intuita por Charles Bigot y encontrado en *La Prima Bette*<sup>9</sup> de Balzac ataques convulsivos y crisis nerviosas e incluso se burla de esta nueva ciencia en *Fisiología del Matrimonio* refiriéndose al pícaro uso, a la explotación que hace la mujer de sus jaquecas y vapores: «Una francesa —dice— desconocida por desgracia tenía la gloria de dotar a su sexo del poder de vaporizar sus fluidos. Muy pronto los efectos prodigiosos obtenidos por los Vapores pusieron sobre la pista de los nervios y así fue como de fibra en fibra nació la neurología»<sup>10</sup>.

Zola también recurre a la *Introducción a la Medicina Experimental* de Claudio Bernal para adoptar ese método al estudio de la realidad, en su *Teoría Literaria Experimental*. Línea que continúa en sus novelas en las que aparte del influjo neurótico de la herencia, encontramos descripciones minuciosas por ejemplo del delirium tremens alcohólico de Coupeau en *L'Assomoir* o el desquísamiento mental del abuelo en *Germinal* clavado en una silla desde el día de la matanza. Los sensacionalistas hermanos Goncourt trazan el documento humano en *Germinie Lacerteux*, muchacha febril e imaginativa sufriendo el desdoblamiento de la personalidad histérica. ¿Como no citar a Dostoyeski quien en *Los Hermanos Karamasov* no deja a un solo personaje sin el correspondiente ataque histérico o epiléptico? En España en el mismo Alarcón, en la descripción de los cretinos de Valois del *Viaje de Madrid a Nápoles*, se observa también esta corriente. Estas inquietudes en nuestra patria se sumaban a la aparición de las corrientes positivistas, quizás era ese naturalismo a lo Velázquez, ese pintar lo natural lo que fue caldo de cultivo para desarrollar esos estudios. No podemos olvidar la contribución de la filosofía Krausista fomentando el estudio de nuevos sistemas filosóficos y sobre todo del positivismo.

Sea cual fuere la causa, la cuestión es que la obra galdosiana descansa sobre el cañamazo psicofisiológico y que está estudiado en gran parte en el libro de medicina de Jaccoud, porque no me baso en las señales, marcas, que aparecen en folletos de su biblioteca particular que hacen referencia a este Tratado de Patología como son *Mimismo* y *Neurosis Imitante*<sup>11</sup> y *Estudio de Neuropatía* de Armangué y Tusset<sup>12</sup>, ni siquiera me baso en la carta de Tolosa Latour a Galdós sin fecha que dice: «Haz el favor de dejarme la obra de Jaccoud para completarla. Mañana la recogeré», etc.<sup>13</sup> Me apoyo en que al leer las obras se puede ver con facilidad cómo el hilo conductor de la sintomatología de los personajes coincide asombrosamente con los textos galdosianos.

Empezaré por la primera obra de D. Benito, *La Sombra*, obrita juvenil de poca importancia de la que sólo haré un resumen<sup>14</sup>.

Todos sabemos que se estudia en *La Sombra* al típico erudito demente por su modo de estar en la vida. Aquel Anselmo del *Curioso Impertinente* cervantino o la perseverancia de la idea fija que a nuestro Quijote le secó el seso se transforma en la pasada centuria en *Irritación Cerebral*.

Aunque admitimos otras influencias literarias entre ellas las de Balzac, de Luis Lambert, *La Búsqueda del Absoluto* e incluso *La Piel de Onagro* cuyo protagonista padece también como Anselmo de Irritación cerebral, en Galdós no se menciona la enfermedad pero sí se desarrollan sus síntomas que une a ciertas ideas de folletos pseudocientíficos de *La Enfermedad de los Místicos* de Víctor Melchor y Farre<sup>15</sup> y *Mimismo* y *Neurosis Imitante* de José Armangué y Tusset que bien podrían ser «aquellas consideraciones muy razonables» apuntadas en *La Sombra*.

### *Irritación Cerebral en Anselmo*

Refiriéndonos sólo al libro de Jaccoud y a *Irritación cerebral* tenemos que la anomalía que presenta esta enfermedad es doble, debido a la existencia de

una anemia cerebro-espinal. «Por una parte las reacciones son poco poderosas y menos duraderas y por otra esta reacción es provocada por impresiones que no debieron provocarla»<sup>16</sup>. Este es el hecho principal debido a la excitabilidad anormal de los centros nerviosos. Los primeros efectos atacan al sistema vaso motor demostrado por el enrojecimiento y palidez subida de la cara. Anselmo todos sabemos era flaco, pequeño, de vivacidad nada común, con la boca dotada de una movilidad grande, alterada la voz, se le veía agitarse, mudar de color, cojeaba de un pie y su mano izquierda no era del todo expedita. La causa de este trastorno era constitucional, su padre fue otro neurópata y él mismo había llevado una vida temperamental, violenta y cambiante<sup>17</sup> que Jaccoud resume al decir: «hiperactividad alterada de depresión».

Galdós en la presentación de Anselmo casi parece ofrecer un tipo en el sentido que emplea el término Gil de Zárate «ocupaciones constantes, ideas, costumbres inalterables (son) circunstancias necesarias para formar un tipo»<sup>18</sup>. Anselmo es un conglomerado de rasgos que se irán desmembrando poco a poco a lo largo de la novela narrando los sucesos como consecuencia de sus trastornos.

Derivados de la esfera sensitiva tenemos hiperestésias visuales, auditivas, y táctiles. Los primeros desórdenes son experimentados por las sensaciones brutas, son sentidos pero no percibidos. Los individuos se dan cuenta de la perversión de sus sensaciones porque el proceso de ideación está sano. No olvidemos que el mismo Anselmo habla de dislocación encefálica<sup>19</sup>, lo mismo que Jaccoud y que nunca da fe de sus concepciones delirantes. Siempre dice: «creí sentir», «parecía moverse», etc.<sup>20</sup> Veamos algunos ejemplos de las hiperestésias visuales, la fotopsia, alteración en la retina suele ser intensa. Anselmo ve a veces a Helena dejando rastros de luz<sup>21</sup>; también la diplopía, ven los objetos dobles, dice Anselmo «la figura de París por una ilusión inexplicable parecía moverse y sonreír»<sup>22</sup>. Otras veces sufre una ceguera de corta duración. Anselmo ve sombras en la «oscurísima» noche<sup>23</sup>. A este trastorno se une el auditivo, el menor ruido despierta sensaciones desagradables. Frecuentemente leemos: «el estrépito de su voz descomunal»<sup>24</sup>, siento el ruido de su aliento, «voz abominable», etc. También hiperestesia táctil: «así vigorosamente mi brazo»<sup>25</sup>.

Después siguen trastornos motrices<sup>26</sup> y circulatorios: palpitaciones, etc. ejemplo: «el corazón me lo tenía oprimido»<sup>27</sup> producto según afirma Jaccoud de la excitación del gran simpático; incluso sigue diciendo: «Estas irradiaciones anormales que turban la impresión sensible serán punto de partida para los desórdenes de locomoción que acaba de caracterizar la enfermedad cuando se presenta en la totalidad de sus manifestaciones». Anselmo casi al final de la obra va dando tropezones y para acabar, digamos que Jaccoud habla de que el curso de la enfermedad es de dos años; también Anselmo se cura, solamente le ha quedado su cojera. Esta irritación cerebral se encuentra con frecuencia en el hombre como el histerismo en la mujer.

Resulta pues, escasa información extraída por Galdós para la motivación psicológica que nos refiere en *La Sombra*, si sólo nos limitamos a las fuentes literarias, dando por cierto que la fuente científica ha sido Jaccoud fundamentalmente.

Otro frecuente recurso galdosiano es el histerismo y de nuevo creemos que Galdós consultó el libro de Jaccoud debido a la variación de matices que presentan sus personajes en la exposición de los casos de histerismo. No repite una concepción global, no son clichés fijos sino que atiende a la gama de los síntomas recopilados por Jaccoud lo que patentiza su estudio a fondo. Pertenecen a este apartado: la Santa Paulina, María Egipcíaca, Lica e Irene entre tantas otras como Abelarda que podría clasificarse en histero-epilepsia de crisis combinadas. En Mauricia la dura se observa cómo el abuso del alcohol agudizará el cuadro clínico conservando estrictamente ese final del que habla Jaccoud: muerte por estrangulación debido a los espasmos de la glotis.

### *La fisiología de Máximo Rubín*

Jaccoud afirma que la epilepsia es un estado achacoso, de este calificativo se hace eco Galdós en el personaje José María cuando dice: «sintiéndome cada día más caduco»<sup>28</sup>; también lo reitera refiriéndose a Máximo Rubín: «¡Si no parece un chico, sino un viejo..., vaya que pegar así a un anciano!»<sup>29</sup>.

Nos detendremos en este personaje de *Fortunata y Jacinta*. El carácter de Máximo Rubín está determinado por su fisiología enferma, pero eso no va a impedir que en momentos de lucidez clame su alma inmortal por un mundo trascendente. El caso de Rubín responde a las páginas dedicadas por Jaccoud a los tumores cerebrales.

Bajo el epígrafe *tumores del encéfalo* leemos<sup>30</sup> cómo el tumor es un cuerpo extraño para los órganos encefálicos, un parásito que viene a alojarse en una cavidad inextensible, disminuyendo el volumen del contenido. Produce unas influencias mecánicas que actúan como verdadera espina en los centros nerviosos, produciendo las convulsiones epileptiformes. He aquí el origen de los ataques epilépticos de Rubín. Es curioso advertir cómo la medicina clasificaba los tumores, no así los síntomas que los caracterizaban, lo que pudiera ser un indicio de la actitud galdosiana de no especificar la clase de tumores que trataba, ya que sólo le interesan los síntomas y estos eran comunes a todos.

Entre estas generalidades tenemos que los tumores cerebrales determinan con mucha frecuencia alteraciones del nervio óptico y su expansión terminal y el trabajo irritativo se manifiesta en la formación de elementos conjuntivos y de vasos. Recordemos que Máximo Rubín padecía de corizas y conjuntivitis.

Por una parte hay un hecho que domina toda la sintomatología de los tumores y es la intermitencia de la mayor parte de los accidentes, puede oscilar meses enteros. Veamos esta evolución en Máximo: «cuando Fortunata entró en la alcoba a ver si a su marido se le ofrecía alguna cosa, éste se estaba vistiendo en una disposición de ánimo muy distinta de la anterior. No sólo parecía recobrado de su debilidad sino que estaba inquieto, ágil y como si acabara de tomar un excitante muy enérgico»<sup>31</sup>, o la siguiente fase depresiva: «Por las noches el lobo se trocaba en cordero. Creeríase que la fuerte inervación de la mañana se iba gastando con los actos y movimientos de la persona en el curso del día»<sup>32</sup>.

El doctor en Medicina Florencia Pérez Bautista considera que Maxi padecía un tumor sifilítico. Sífilis hereditaria que se manifiesta en la nariz chafada del cura Rubín y en las grandes cefaleas que padecían los tres hermanos.

Es fácil de comprobar en la obra que al paciente Maximiliano le daban convulsiones, contracturas e intermitentes jaquecas, que explica Jaccoud como primeros síntomas llamados de excitación y de irradiación, completados por hiperestesias, o sea, sensibilidad excesiva, recuerden que después de la trifulca con Santa Cruz el sólo hecho de volver a verle con Aurora le saca de quicio a extremos exorbitantes: «Al día siguiente del lastimoso lance ocurrido cerca de Cuatro Caminos no estaba Maxi más excitado y rencoroso que aquella noche estuvo»<sup>33</sup>, también acompaña a estos síntomas la hiperideación por excitación a distancia de las células corticales. El propio personaje dice: «y se me ocurre unas cosas... De tan sublimes que son no las puedo expresar»<sup>34</sup>. Otro segundo grupo de síntomas son los llamados de comprensión y están constituidos por parálisis definitivas y debilitación de las facultades sensoriales e intelectuales. Son síntomas tardíos. En efecto aunque la apatía comienza desde el principio, manifestándose por debilitación de la memoria y falta de atención de los que son expresión afortunada los frecuentes altercados de Segismundo Ballester, Licenciado en Farmacia, con Máximo por «los errores garrafales que cometa»<sup>35</sup> es posteriormente cuando Galdós narra: «Todo el día siguiente estuvo con la misma confusión en la mente ¿lo había visto o lo había soñado?»<sup>36</sup>. Jaccoud también advierte que los pacientes se quejan de sensaciones extrañas, vértigos o verse atormentados por la agitación de un cuerpo móvil. No olvidemos las quejas aterradas de Maxi diciendo «Sentía el cráneo vacío, desalquilado como una casa con papeles»<sup>37</sup>. Otro loco, el padre de Isidora Rufete en *La Desheredada*, también sentía resbalar el mercurio dentro de la cabeza<sup>38</sup>.

Pero Galdós no se contenta con describir a Maxi Rubín como epiléptico o padeciendo un tumor sifilítico sino que a medida que avanza la obra progresa la evolución del tumor cerebral que le ocasionara una periencefalitis, pues el tumor encefálico ataca los tejidos de su alrededor y los síntomas expuestos en el paciente lo demuestran.

En otro capítulo, en el XI, trata Jaccoud de la periencefalitis intersticial o parálisis general progresiva. A los síntomas ya expuestos añade los trastornos intelectuales, expresión directa de la lesión del órgano de ideación por inflamación intersticial o acciones de impresiones irritativas. Estos trastornos de la esfera psíquica terminan en demencia, el carácter se hace irascible, violento, llegando incluso a haber accesos temporales de afasia y disfonía (trastorno de la fonación. Por ej. «las manos le temblaban, sus ojos echaban chispas y cuando dijo matarlos, matarlos su voz sonó en falsete»<sup>39</sup>).

Y llegamos a los últimos trastornos, el delirio que tiene en esta enfermedad dos variantes opuestas: el hipocondriaco y el ambicioso. Ambas variantes se dan en Rubín. En el delirio hipocondriaco propiamente dicho, los enfermos imaginan que sus órganos están cambiados o que no pueden abrir los ojos. «En cuanto muevo el brazo —decía con terror— me aumentan de tal modo las palpaciones que no puedo respirar»<sup>40</sup>. Al lado de este delirio está el de perse-

cución, sus ideas giran en torno a la desanimación, al miedo, al terror, viendo asesinos que quieren atentar contra su vida. Veamos lo que dice Maxi: «Es que me parece que hacen las cosas a propósito para molestarme para que rabie, y no eres tú sola... mi tía también»<sup>41</sup>. A estos desórdenes de la inteligencia se agregan los trastornos de la estática muscular, que se presentan bajo la forma de temblor poco marcado en los miembros superiores, mandíbula turbación de la palabra. Encontramos en Galdós: «En el espejo pudo ver Fortunata la cara pálida y contraída de Maxi cuya susceptibilidad nerviosa se manifiesta en un movimiento vibratorio de cabeza, la cual parecía querer arrancársele por sí misma del tronco»<sup>42</sup>. La otra manifestación aguda es el delirio ambicioso. Su aparición brusca —dice Jaccoud— es el delirio de grandeza o satisfacción, los monomaniacos ambiciosos con ideas delirantes tienen una serie de ideas bien coordinadas que parecen verdad en apoyo de sus concepciones fantásticas. Son frecuentes en Maximiliano, avanzada la obra, estas frases: «adquiriré una reputación y una gloria tan grande pero tan grande»<sup>43</sup> o esta otra frase casi bíblica: «El gran misterio de la revelación se ha renovado en mí»<sup>44</sup>, e incluso explica Galdós: «En fin que la marcha que llevaba el proceso cerebral le sobrevino el furor de la lógica y se dice esto así porque cuando pensaba algo, ponía un verdadero empeño maniático que fuera pensando en los términos usuales de la rigurosa dialéctica»<sup>45</sup>. En la obra galdosiana se ven claramente los rasgos del monomaniaco ambicioso con ideas coordinadas. No debemos olvidar que los locos no son bobos y que Maxi intuye la infidelidad de Fortunata y lo incorpora a sus ideas enfermas.

En la novela sentimos lástima de ese pobre chico avocado al fracaso en lo único que le interesa, el amor de Fortunata, porque la naturaleza tiene sus leyes como diría Zola, es ella la que va a determinar al hombre, pero no, Galdós da con Maximiliano Rubín el espaldarazo al naturalismo sublimando la doliente fisiología en una actitud y una frase: «No encerrarán entre murallas mi pensamiento». Semejante a aquella risa de Pedro Bezukof de Tolstoy (*Guerre y Paz*) cuando intentando encarcelarle sus enemigos, estalla en carcajadas diciendo: «Quieren encerrar mi alma inmortal». Aquel sufrido muchacho de la obra galdosiana goza de nuestra simpatía, nos alegramos con él, de poder desatarnos del ceño determinante y plomizo, que impone el naturalista, y alcanzando un concepto más espiritual y transcendente de la existencia.

Esta veta fisiológica que caracteriza toda la obra de Galdós disminuye en importancia a medida que avanza en su producción y será acompañada por ideas sobre sugestión y prácticas de hipnotismo, basadas en experimentos de Charcot, Bain. Ejemplos de ello tenemos en el pasaje de Maxi Rubín ante la noria, o el alelamiento de la Benina de *Misericordia* ante el imaginario D. Romualdo: el hábito como categoría secundaria de la imitación, la imitación de sí misma, etc. No olvidemos que la novela buscaba enseñar deleitando, entretener, en suma, y todo lo novedoso tenía cabida en ella.

El estudio del personaje, de sus enfermedades, ocupa en la creación galdosiana un lugar: el de nuestra constante agonía unamuniana, pero el hecho más importante es la creación, el aliento vital de que ellos están dotados y el reflejar no solo la dialéctica histórica sino todo ese mundo del XIX cuyo horizonte está

impregnado de la confianza en la razón y sobre todo en la ciencia de la que es parte primordial la Medicina, la cual en algunos casos, es utilizada sobre todo en personajes que necesitan refuerzo emocional, por ejemplo, María Egipcíaca, y así acentuar el dramatismo de la obra.

Como no aparece la enfermedad nerviosa en determinados personajes mimados por Galdós como León Roch, Benina, Orozco, portadores de la ideología galdosiana, pensamos que sintiendo el autor la invalidez de esos otros hijos suyos les refuerza, les apoya con esa fuerza emocional que le igualará en el sentir del lector. Este va a experimentar simpatía por las ideas del héroe y una reflexiva consideración por el dolor del antihéroe. En fin, creo que la enfermedad nerviosa desempeña una doble función científica y literaria.

## NOTAS

<sup>1</sup> B. PÉREZ GALDÓS (1954), *La Familia de León Roch*, *Op. cit.*, Aguilar, vol. IV, 3.ª Ed., Madrid, p. 889.

<sup>2</sup> B. PÉREZ GALDÓS (1954), *Lo prohibido*, *Op. cit.*, Aguilar, vol. IV, 3.ª Ed., Madrid, p. 1.857.

<sup>3</sup> B. PÉREZ GALDÓS (1950), *Tristana*, *Op. cit.*, Aguilar, vol. V, 2.ª Ed., Madrid, p. 1.579 y 1.896.

<sup>4</sup> B. PÉREZ GALDÓS (1950), *Misericordia*, *Op. cit.*, Aguilar, vol. V, 2.ª Ed., Madrid, p. 1.897.

<sup>5</sup> *Op. cit.*, p. 1.940.

<sup>6</sup> S. JACCOUD (1885), *Tratado de Patología Interna*, Ed. Carlos Bailly-Bailliere Librería Extranjera y Nacional, Científica y Literaria, 4.ª Ed. española, Madrid.

<sup>7</sup> W. T. PATISON (1965): *El Naturalismo español*, Gredos, Madrid, p. 11.

<sup>8</sup> J. MONTESINOS (1969), *Costumbrismo y novela*, (Ensayo sobre el redescubrimiento de la realidad española), Castalia, 4.ª Ed., Madrid, p. 52.

<sup>9</sup> H. DE BALZAC (1968), *La Prima Bette*, *Op. cit.*, Aguilar, vol. III, Madrid, p. 1.103.

<sup>10</sup> H. DE BALZAC (1969), *Fisiología del matrimonio*, *Op. cit.*, vol. V, Madrid, p. 1.967.

<sup>11</sup> J. ARMANGUE Y Tuset (1884), *Mimismo y Neurosis Imitante*, Establecimientos tipográficos de Sucesores J. C., Barcelona.

<sup>12</sup> J. ARMANGUE Y Tuset (1884), *Estudios Clínicos de Neuropatía*, Establecimientos tipográficos de Sucesores J. C., Barcelona.

<sup>13</sup> A. RUTH SCHMIDT (1969), *Cartas entre dos amigos del teatro: Manuel Tolosa Latour y Benito Pérez Galdós*, Excmo. Cabildo Insular de G. Canaria, pp. 167.

<sup>14</sup> B. PÉREZ GALDÓS (1954), *La Sombra*, *Op. cit.*, Aguilar, vol. IV, 3.ª Ed., Madrid.

<sup>15</sup> V. MELCIOR Y FARRE (1900), *La enfermedad de los Místicos*, Establecimientos tipográficos de Juan Torrents y Coral, Barcelona.

<sup>16</sup> *Op. cit.*, p. 724.

<sup>17</sup> *Op. cit.* La cita completa es: «era un viejo mal conservado, flaco y como enfermizo, más bien pequeño que alto, con uno de esos rostros insignificantes que no se diferencian del vecino, si una observación formal no se fija en él con particular interés. Sólo cuando hablaba se veían en su rostro los rasgos de una vivacidad nada común. Sus ojuelos pequeños y undidos tenían entonces mucho brillo, y la boca, dotada de una movilidad más grande que hemos conocido, empleaba un sistema de signos más variados y expresivos que la misma palabra. Cojeaba de un pie no sabemos por qué causa, y la mano izquierda no era del todo expedita, tenía muy bronca y alterada la voz, y al andar marchaba tan derecho en su camino, tan fijo y abstraído, que iba dando tropezones con todo el mundo.



Parecía tener una tenaz idea clavada en la mente, idea que no le daba respiro, impidiéndole dirigir la atención a cualquier otro punto, y en su marcha se le veía agitarse, mudar de color, gesticular alterando todos los músculos de su cara como el que sostiene una conversación acalorada con interlocutores invisibles», p. 193.

<sup>18</sup> A. GIL DE ZÁRATE (1964), *El Empleado*, en *Costumbristas Españoles*, Aguilar, 2.ª Ed. p. 1.064.

<sup>19</sup> *Op. cit.*, p. 224.

<sup>20</sup> *Op. cit.*, pp., 214, 202, 204, etc.

<sup>21</sup> *Op. cit.* La cita completa es: «Ella pasaba por delante de mi dejando como un rastro de luz», p. 201 y «Aún recuerdo su alcoba iluminada por misteriosa luz», p. 202.

<sup>22</sup> *Op. cit.* Véase: «Siempre creí ver algo viviente en aquella figura que a veces por una ilusión inexplicable parecía moverse y sonreír» (p. 202) o de su misma esposa dice: «me parece que frunce las cejas y que después las dilata..., fijo más la atención..., me parece que se sonríe», p. 202.

<sup>23</sup> *Op. cit.* Me refiero por ejemplo a: «Al entrar ví que la ventana que da al jardín estaba abierta y que una sombra, un bulto saltaba por ella. Esto fue tan rápido que apenas lo ví» y luego en la misma página: «ví una sombra que se deslizaba cautelosamente», p. 204.

<sup>24</sup> *Op. cit.* Dice Anselmo al conde de Torbellinos: «Sus oyentes eran muchos, complacíanse sus tertulios en escuchar el estrépito de su voz descomunal pero en tocando a reír la turba de interlocutores se dispersaba más deprisa porque la carcajada del buen señor trastornaba y aturdí. La caja sonora que tan atroces ruidos producía», p. 217.

<sup>25</sup> *Op. cit.* Completo esta cita: «Iba a caer y una mano asió vigorosamente mi mano», p. 222 e incluso es el mismo Anselmo el que nos resume sus síntomas. No menciona el sentido del gusto y olfato que según Jaccoud no están perturbados; cito: «Y en efecto, la sombra de todos los objetos me parecía mi sombra, el eco de vuestras voces parecíame mi voz, y en los vagos accidentes de la luz, del sonido, del tacto, me parecía econtrar algo de persona, de aliento de aquel genio execrable», p. 215.

<sup>26</sup> *Op. cit.* Véase los trastornos motrices: «Salí, según me han contado, andaba yo por la calle con la vista extraviada, el andar inseguro y torpe», p. 222.

<sup>27</sup> *Op. cit.*: «Dentro de mi pecho sentía yo como una mano de fuego que me apretaba con fuerza conteniendo en su puño ardiente cuanto en mi había de vida», p. 223.

<sup>28</sup> En *Lo Prohibido*, ed. cit., p. 1.890.

<sup>29</sup> B. PÉREZ GALDÓS (1950), *Fortunata y Jacinta*, *Op. cit.*, Aguilar, vol. V, 2.ª Ed., Madrid, p. 286.

<sup>30</sup> *Op. cit.*, p. 468.

<sup>31</sup> *Op. cit.*, p. 161.

<sup>32</sup> *Op. cit.*, ambas citas, p. 392.

<sup>33</sup> *Op. cit.*, p. 492.

<sup>34</sup> *Op. cit.*, p. 391.

<sup>35</sup> *Op. cit.* En efecto, cito: «Llegó el caso de prohibirle que hiciese por sí sólo ningún medicamento de cuidado», p. 414.

<sup>36</sup> *Op. cit.*, p. 496.

<sup>37</sup> *Op. cit.*, p. 391.

<sup>38</sup> B. PÉREZ GALDÓS (1954), *La Desheredada*, *Op. cit.*, Aguilar, vol. IV, 3.ª Ed., Madrid, la cita es: «Se sentaba en el suelo, cruzaba los brazos sobre las rodillas, hundía la cara entre las manos y así pasaba algunas horas oyendo el sordo incesante resbalar del mercurio dentro de la cabeza», p. 968.

<sup>39</sup> *Fortunata y Jacinta*, ed. cit., p. 526.

<sup>40</sup> *Op. cit.*, p. 391.

<sup>41</sup> *Op. cit.*, p. 392.

<sup>42</sup> *Op. cit.*, p. 392.

<sup>43</sup> *Op. cit.*, p. 431.

<sup>44</sup> *Op. cit.*, p. 433.

<sup>45</sup> *Op. cit.*, p. 486.